

ORINOCO

Alfredo García

sur3557@yahoo.com

HILDA: Hay días que no sé qué hacer. Los relleno sacando a Oscar. Hace pichí, caca, conversamos con los vecinos y si está lindo vamos a la playa, donde juega con sus amiguitos. Me doy cuenta de lo rápido que crece. *Ahora tenés que preocuparte menos*, dijo alguien. Es cierto que no me cruza la calle solo casi nunca pero tiene como una idea fija con los demás perros. Mientras escucho hablar de enfermedades estoy alerta a que nadie se haga el distraído con el soretito que le corresponde levantar. A la bolsita. Es la regla para todos.

OSCAR: Hay días que no sé qué hacer. Los relleno saliendo con la vieja. Me lleva a la playa y me suelta. En el camino junta una rama. Casi siempre la deja por otra que le gusta más. A veces se apoya un poco en la rama, como una peregrina, a veces me la da en el lomo, depende, aunque no siempre sé de qué depende. A la gente le caigo bien, algunos dicen que me vieron en una película pero yo no me acuerdo. Muevo la cola, saco la lengua, todo eso les gusta, se ponen como locos, me acarician el lomo y la vieja sonrío de oreja a oreja. Después me apuro a mear y cagar porque no sé cuánto va a durar el paseo.

HILDA: Mi tía era loca por la fotografía. Tenía una Zenith que era una joya. La de fotos que me sacó. Había que tener paciencia porque se tomaba la foto y otra y otra y cuando se completaba el rollo se mandaba a revelar. Y se retiraban las fotos cuando mi tía cobraba. Al siguiente domingo veíamos las fotos nuevas como ahora se ven las fotos viejas. *Mirá, ¿esa soy yo? ¿Con Fulano?* Cada año inauguraba un álbum nuevo pero nunca olvidaba los anteriores. A través de las fotos, de mis fotos, mi tía determinó, sin proponérselo, quiénes eran tan importantes como para reflejarlos en papel Kodak y proyectarlos al futuro. Esos álbumes son ahora una especie de antología de la gente que ya no está conmigo. Ya sé que es un lugar común,

pero en honor a la verdad debo decir que esa antología, como todas, es incompleta. Mi tía murió hace mucho.

OSCAR: En la playa todo me llama, las perras, los perros, los árboles, la gente, los soretes, la basura. La vieja tiene álbumes de fotos. Yo tendría un álbum de olores. Olores de la playa. Culos y mejillones. Y cortezas. La corteza de los árboles dice de todo, quién pasó, cuándo, perro o perra, de todo mismo. La vieja camina con otros viejos y hablan mal del tiempo y del municipio. Cuando hay subas de precios hablan mal del gobierno y del tiempo. Después vuelven a hablar del municipio y del tiempo. El gobierno los roba. La mitad del municipio los persigue y la otra mitad persigue a sus mascotas. Las dos mitades los roban.

HILDA: Siempre fui más de los gatos pero cuando saqué unos pesos a la quiniela volé a la veterinaria del barrio porque había visto los cachorros en la vidriera. El doctor Aníbal levantó a Oscar en el aire y me lo puso en los brazos. Dos meses tenía. ¡Me miró con una carita! *Se lo lleva vacunado y tiene un control gratis mensual por seis meses.* Ya le había pagado y ni siquiera pregunté la raza. *Terrier de Hastings. No lo busque en google, es una raza nueva, mitad francesa, mitad británica. Cuando esté de moda se lo van a pedir como padrillo, ya va a ver.* (...) Eso quisiéramos, él y yo. Estoy harta de que la gente me pregunte: *¿Este barbilla es cruzado con qué?* (...) Oscar tiene las mismas oportunidades que cualquiera, todo depende de la altura, más bien. Él aprovecha los amuchamientos de perros en la playa y en el entrevero hace lo que puede. A mí me da un poco de asco verlo, pero supongo que es algo natural. Cuando se pone a los saltos en una montonera alrededor de una perra en celo le deseo lo mejor y doy vuelta la cara, deseando que al menos no le pase lo peor.

OSCAR: Odio los nenes, el ruido de nenes y el olor a nenes. Pero un nene es una merienda fácil. A la vieja no le gusta, lo sé porque la rama se agita. Entonces corro y me prendo con alma y vida de la primera pierna que vea y me sacudo en espasmos, jadeante, ajeno a todo. Ella llega tarde, el bochorno está servido. Engancha la correa y tira con fuerza. La pierna insulta, perro asqueroso, la vieja se disculpa, tira de la correa con una mano y con la otra me

pega ramalazos. Creo que la vieja tiene películas de humanos bastante parecidas.

HILDA: La playa siempre está ventosa pero a Oscar lo abrigo bien, de abril a noviembre me va con la capita color habano. Queda divino. Se la hice con una vellela finísima que me quedó de una clienta. Ella abrió el paquete emocionada, *me la trajo mi hermana de Barcelona, acá están los botones dorados, decime algo, Hilda*. Yo miré el corte y dije: Como para un príncipe. *Una princesa, dirás, Hilda, una princesa*. (...) Era para un príncipe, el príncipe Oscar.

OSCAR: Hoy fuimos a la farmacia. Yo esperé afuera, atado a un caño y pasó una clienta de la vieja. Le moví la cola pero me miró con cara fea. Algo no le gustó. Abrió la puerta de la farmacia y le dijo a la vieja que no tenía derecho a hacerme esa ropa. Las dos gritaron. Seguro que la clienta de la vieja ahora era del municipio y me iba a sacar la capa. Ojalá porque últimamente estoy creciendo yo solo.

HILDA: La playa es un lindo lugar para un encuentro. Una puede caminar distraídamente, como si buscara guijarros, y encontrar una vida de ensueño. Claro que en otoño no hay mucha gente, algunos pescadores pachorrientos que no cuentan, son como estatuas vivientes; van chiquilines que se drogan pero no molestan y de vez en cuando un hombre como para mí, no muy joven, no muy gordo, no muy pelado, que pasa de largo como si el Oscar y yo fuéramos invisibles. Los hombres miran el mar con ojos de guardavidas en todas las estaciones. Porque fantasean mucho y una vedette ahogándose en mayo les parece algo verdaderamente posible. Se ven saliendo del agua con la vedette en brazos, brazos gruesos, bronceados y musculosos como jamás tendrán. Ellos pueden creerlo solo porque les gustaría que pasara. Hace dieciséis años que vengo a la playa fuera de temporada.

OSCAR: A veces la vieja me lleva a la playa. Me gusta la playa. Está llena de olores cambiantes, intensos. Me encanta correr cerca de la orilla sin mojarme, asustar a las gaviotas. La vieja sube y baja pesadamente por la arena, de la orilla a la parte alta y seca, avanzando dificultosamente, pero siempre con una leve sonrisa, como quien está donde quiere estar. Me llevó tiempo notar que su

andar no tiene nada de errático. Se dirige a la gente, como yo, aunque yo llego primero. Por eso la playa es el único lugar donde ella me sigue a mí.

HILDA: Últimamente es una de pegar botones y cambiar cierres... No paso de ahí. El último mes lo dediqué a hacerle un chalequito al Oscar con una popelina color coral que me sobró. No es tan así que haya sobrado, pero me encantó la tela cuando vi la muestra y le calculé ochenta centímetros más. No es deshonestidad. ¿Suma piadosa? Paramétrica, esa me gusta más porque es la que usan para calcular el aumento de los combustibles y da lo que el gobierno quiera que dé.

OSCAR: La vieja se está dando cuenta de que es más interesante estar conmigo que con la máquina. Ahora hasta nos asomamos juntos. Cada vez que suena la puerta de un auto o la puerta del edificio; cada vez que llega una moto, que pasa volando un ala delta con motor, me subo al sofá y de allí salto a la mesita que está al lado de la ventana y corro la cortina con el hocico. Ahora la corre ella y miramos los dos. De noche miro solo porque a la vieja le da sed, sed de martinis con una rodaja de limón. Y me llena el plato de galletas. A medida que pasa el tiempo nos vuelve a servir a ambos, ella Martini, yo galletas. A veces me pone rodajas de limón en el bol. Quisiera poder pensar *no como más* y no comer más. Solo me funciona con el limón.

HILDA: Estaba en la mercería eligiendo botones cuando oí la puerta y una voz masculina. *Buenos días, ¿tiene hilo sisal?,* dijo. *Es para el Lavadero de los Ingleses, me estoy instalando. Voy a entregar la ropa en paquetes de papel, para evitar el nailon... mar... biodegradable... contaminación...*

Estamos lejos de la playa de los Ingleses, oí que decía mi boca. *Bueno, unas cuadritas, pero Lavadero La Honda sonaba raro, ¿vio? Aunque yo pesco en la Honda, me encanta esa playa. ¿Vos no vas a pescar, digo caminar por ahí a veces? Me llamo Carlos.*

Salimos de la mercería y seis lacayos de librea nos escoltaron a la calabaza tirada por seis caballos blancos. Nos alejamos de allí envueltos en el repiquetear de los cascos en el empedrado, como secos ladridos.

OSCAR: Estuve a punto de arrancar el fierro de no estacionar. Creo que se movió y todo. No, fue la impresión. La vieja se fue, me abandonó así nomás. Está ciega, pensé, le hicieron algo que quedó ciega. Y sorda, también, porque verla y ladrar fue una sola cosa.

HILDA: Carlos hablaba con pasión de la pesca, el reel, la caña, el cimbronazo viril, la plomada como un rayo, la charla de amigos, el termo de café con ron.

OSCAR: No paré de ladrar mientras la vieja y el tipo con olor a pescado se iban haciendo chiquitos a dos cuadras, cada vez más chiquitos, cada vez más ciegos y más sordos hasta que se hicieron dos cucarachas allá lejos. Yo ya lloraba como loco. Meé el auto que tenía al lado, cagué la vereda y al final vomité.

HILDA: Santo cielo, ¿cómo pasé de largo a ese tipo durante dieciséis años? *Hilda, te espero mañana en el local, tenés que conocerlo.* Me quedé flotando en la puerta de casa, con los botones en la mano. Solo me faltaba Oscar. A la mierda.

OSCAR: Nadie se compadeció. Solo un viejito muy viejito se agachó un poco y movió la mano arriba de mi cabeza como para acariciarme, pero la mano iba de acá para allá y nunca se juntaba con mi cabeza. La cabeza del viejito iba para arriba y para abajo. Yo me callé y esperé, quietito, pero la mano no llegó nunca. Al final nos aburrimos los dos y él también se hizo chiquito como una cucaracha. Es feo que te quieran acariciar y que no se pueda.

HILDA: Oscar temblaba como una vara y lloraba todo agachadito cuando me vio. *Pobrecito, cómo me pude olvidar, pero bueno, Oscarcito, fue una vez, solo una vez, no te podés poner así. Además estás con un amiguito que te acompaña. No puedo estar en la misa y en la procesión,* le dije a sabiendas de que estaba retorciendo el refrán.

OSCAR: ¿Por qué la vieja me hizo eso? Es cierto que a veces me voy atrás de una perra en celo. Pero no dejo a la vieja atada a un fierro. Ella entra en celo en la mercería y sale perseguida por un tipo y me deja solo, pero solo mismo. Podríamos haber corrido juntos. Un gato me mira desde el pretil de una ventana alta. Está muy serio, no mueve ni un pelo del bigote, por eso sé que se

caga de risa. En la esquina apareció un perro vagabundo grande, de olor desconocido. Olfateó el aire y me miró. Levantó la cola como si fuera un sable. Mamá. Que alguien me lleve a alguna casa y que no sea la casa del gato, por favor.

HILDA: Oscar no podía caminar, las patitas no se lo permitían, lo arrastré un poco y venía de costado muy despacito, al final lo llevé a upa. El corazoncito le hacía un ruido bárbaro. ¿Cómo pude hacerle eso? De noche comió unas pocas galletas y después se subió a la cama como siempre pero no me miraba. Yo además tenía otras cosas en la cabeza. No puedo estar siempre pensando en el perro. Llamé a la rotisería y me pedí la cena: bife de merluza con puré de calabaza.

OSCAR: Estoy en casa pero todavía no estoy tranquilo. La vieja tampoco. No sé qué le pasa. Hay perras que no se dejan montar por ningún perro. Lo peor es que este es el primer celo de la vieja. ¿Vamos a estar así toda la vida? Yo puedo espantarle a los tipos pero necesito una señal para poder ayudarla. Lo peor es eso, que la vieja tiene los mismos olores, son mil pero los mismos de siempre. No me puedo anticipar.

HILDA: A la tarde del día siguiente empujé mi incertidumbre por las ocho o nueve cuerdas que había hasta el presunto Lavadero de los Ingleses. Existe, Hilda. Cuidado con los escalones, caerme acá sería un papelón. Era de no creer. Estaba ahí, nomás, con su cartel, con sus lavadoras y secadoras, con sus estantes, su mostrador, su canastita con caramelos. ¿Querés uno? Creí que no me iba a reconocer, porque yo soy una cuando me levanto y otra cuando me arreglo. No quise caramelos, mis dientes son de oro. Aclaremos, no son de oro pero para mí es como si lo fueran. Con eso no juego.

OSCAR: Huelo a pescado y no viene de la playa. Sale de ese local. ¡Es el tipo de ayer! Lo sé, lo sé. Entramos. Es el mismo tipo pero la vieja todavía no se dio cuenta. Ladro varias veces seguidas. Es mi señal de peligro. Ella lo sabe. Ayer me abandonó para que este tipo no se la montara, anduvo corriendo por todo el barrio, quién sabe las que pasó y ahora, sin querer, nos metemos en su madriguera. Estoy nervioso, listo para atacar. Ella ni me mira. Le sonrío a él, es amistosa. Pero tampoco le pone la cola, ojo. No está segura. Yo estoy

definitivamente inseguro. Muevo el rabo, levanto dos veces las manos al mismo tiempo, eso le cae simpático a la gente. Él me mira inexpresivamente. *Hilda, ¿el perrito puede quedar afuera? No lo tomes a mal pero no me gustan los perros. Los gatos tampoco, ojo. Estoy contra el mascotismo.* La vieja se sorprendió, hizo una breve mueca pero se rearmó rápidamente. Alcancé a gruñir pero la vieja no dio la señal de ataque y, peor, marché a la vereda de un tirón, a cuidar el cartel de no estacionar.

HILDA: Esto es como un cuento de hadas. Ayer nomás estaba en la peor de las soledades, masticando arena, patrullando la playa entre forros y botellas de plástico, y hoy saludo en la pasarela. Hilda de la Renta. Ah, Oscar es un problema, bueno, todo tiene arreglo. Por suerte no es un niño, sino la gente me juzgaría. A jugar afuera, Oscarcito, que mamá va a jugar adentro. *¿Un cafecito con ron? ¿Por qué no?*

OSCAR: Primera vez que me saca así. No podía creerlo. Ella adentro y yo afuera, como en la panadería. Como en la mercería. Pero esos al menos son *sus* amigos. Empecé a ladrar, un ladrido corto seguido inmediatamente de otro igual, como una ametralladora, sin dejar de mirar hacia la puerta. Cuando volvimos a casa tenía el cuello duro y la vieja me fue rezongando todo el camino. Sin embargo no parecía enojada y estuvo cantando. Enrique Iglesias. Juan Gabriel. Lo Mejor de Los Angeles Negros. No llegábamos más. Cocinó horas leyendo recetas en voz alta, cantó todos los cd que tiene y a las nueve oí un motor de moto. Sonó el timbre, la vieja me arrastró a la cocina y cerró la puerta. *¿Qué es esto?*, me dije yo. Oí la voz del pescado. Había adrenalina en el aire. Comieron, charlaron y sus voces se fueron al dormitorio de la vieja.

HILDA: Me prometió que él se encargaba del postre y no bien terminamos de cenar llamó a la heladería. *Mandame dos copas heladas Jamaica, con abundante pulpa de mango y ron tostado. ¿Salsa de chocolate? Dale. Sí, nueces de macadamia caramelizadas también. Y ponele rastas, si querés.* Nos dimos un pico y él nos tomó una selfie. Cuando sonó el timbre, corrí a buscar cucharitas de helado. *Hilda, el delivery no tiene cambio. ¿Para la propina? No, para el helado.* Pagué yo.

Una vez llamé un taxi boy, recomendación de una amiga. Me costó pila decidirme, estuve horas con el papelito en una mano y el tubo del teléfono en la otra. Al final llamé. No vino.

Los delivery son un caso. Carlos también. Es todo un hombre de mar. Puse música celta en el huevito. *Carlos, podés doblar la ropa y ponerla...* No me oyó. *Ahí va pantalón con calzoncillo y todo*, dijo tirando el jogging a un rincón. Estiró los codos hacia atrás, pugilísticamente, y avanzó lento y majestuoso como un transatlántico... Yo quería pensar en barcos, proas, quillas, mástiles, pero me distraje cuando me tomó con manos enormes que hicieron de mis caderas un talle S. Solo por eso me llené de gratitud. Carlos balbuceó algo, *te voy a no sé qué*, cuando Oscar empezó a arañar la puerta y gemir desesperadamente. *No, Oscar, hoy le toca gemir a mamá.*

OSCAR: Al principio fueron ladridos cortos, secos, pero era como si nada. Empecé a arañar la puerta repetidamente, dejando que la pintura blanca se apilara sobre las tablas del parquet.

HILDA: Sordo a Oscar, Carlos navegaba a toda máquina, con el único obstáculo de su propia panza, que resolvió como el viejo lobo de mar que era. Fue levantando temperatura, mucha temperatura, y empezó a derretirse. Me sentí como una plancha de bar, hasta chisporroteaba. No puedo, así no puedo, perro hijo de puta. *Esperá, mi amor, que voy a hacer que Oscar se calle.* Él susurró *matalo y volvé rápido.* Volví volando. Matarlo me hubiera llevado más tiempo.

OSCAR: Oí ruidos de pelea y empecé a ladrar como loco, corriendo por toda la casa, a excepción del dormitorio, claro. Algún vecino que venga, por favor, ¿qué pasó con la solidaridad? ¿qué pasó con meterse en la vida del prójimo? La vieja abrió la puerta desnuda, así como yo, me pegó en el hocico ay qué dolor y me empujó al living, a dos puertas de distancia de su dormitorio. Peor, imposible. Ella volvió al cuarto casi corriendo. Otra vez la lucha. El pescado le quería hacer algo. Si la mataba ¿qué iba a pasar conmigo? ¿Quién me cuidaría?

HILDA: El huevito nos paseaba por montañas y valles, y creí que tantas gaitas, flautas y tambores apagarían la queja frenética de Oscar. Carlos derrapaba su

corpulencia sobre mí de un lado a otro y ya nadie podría robarme la noche, cuando gruñó: *Voy a matar al bicho ese. ¿Y si subo la música? Déjame, que esto ya parece un entierro en Japón. ¿Son con música celta? Ahhh, ohhhjojojishhhh* fue toda su respuesta, al tiempo que la panza le temblaba. Intenté recuperar el romanticismo de la velada y solté un innecesario ¡te amo, Oscar! *¿Lo qué?*, dijo Carlos desde un ojo de buey. Ya no tenía sentido la enmienda. Él cerró los ojos, agregó un breve *oshhh* y quedó inmóvil, como si hubiera encallado. Respiré agitadamente durante un largo minuto. A pesar de todo, era mi noche.

OSCAR: Empecé a morder los almohadones del sofá, las sillas, las cortinas, muerto de miedo como estaba. De pronto cesaron los ruidos, apenas la respiración entrecortada de la vieja, que no demoró en abrir la puerta para desaparecer en el baño. Oí la ducha. Entonces entré al cuarto a toda velocidad con la mandíbula bien abierta y solo la cerré cuando la tuve llena de dedos.

HILDA: Cerré los ojos y dejé que el agua tibia me golpeará la cara y cayera por toda mi piel. Qué placer. Comencé a enjabonarme cuando oí un fuerte grito de dolor que venía de adentro de la casa. Carlos gritaba, casi aullaba y sentí un terror indescriptible. Mi primera reacción fue arrinconarme en el duchero pero inmediatamente después salí torpemente, manoteando la cortina hasta arrancarla, y dejé un reguero de agua enjabonada hasta mi dormitorio. Oscar había atacado a Carlos, mordiéndole un pie con ferocidad, y no parecía dispuesto a soltarlo. Apenas grité *Os...* cuando Carlos logró golpear a Oscar en la cabeza. Cayó, Oscar se derrumbó inerte, con una herida en la cabeza y la boca ensangrentada. Lo levanté con mucho cuidado, llorando a mares, desesperada, y lo llevé al sofá. Luego busqué una toalla vieja para vendarle el pie a Carlos, la emergencia estaba en camino, dijeron los vecinos.

OSCAR: Le tocó aullar a él, que manoteó hacia atrás y tomó una lámpara con la cual me golpeó la cabeza mil veces. Aguanté, sobre todo porque me estaba pegando con la pantalla, pero cuando quedó la madera desnuda, como todos nosotros esa noche, me partió la cabeza en el segundo palazo. Los vecinos tocaban timbre pero fue una formalidad, ya habían llamado a la policía. Ellos

querían salvarla a ella y salvarme a mí, pero solo ellos y yo lo sabemos, parece.

HILDA: Lo peor para mí fue que la emergencia lo sacó desnudo. Eran las dos de la mañana y la camilla pasó entre los vecinos como si fuera un corso. Pero nadie le tiraba papel picado. Unos lo insultaban y otros lo escupían. *¡No me hizo nada! ¡Les juro que él no me hizo nada!* Pero nadie me prestaba atención. Alguien gritó: *Es el síndrome de Estocolmo*. Cuando lo subieron a la ambulancia Carlos ya tenía una mano esposada a la camilla. Oscar salió primero, en el patrullero. *Sin sirena*, pedí. El veterinario abrió la puerta de mala gana pero cuando vio la patrulla cambió de actitud. *Lo vamos a tener en observación, es serio*. Estuve las siguientes dos horas en la comisaría explicando lo que había sucedido, la pura verdad. Al final los milicos se dejaron convencer. *Señora, esta noche duerma con alguien*. Es lo que intentaba hacer hasta que el Universo se complotó en mi contra, señor comisario.

OSCAR: Estos días ando con un dolor de cabeza que no puedo más. Estuve dos días en la veterinaria y una semana en el patio de la cocina, donde apenas puedo estar sentado. Obviamente la vieja ni sospecha el peligro que corrí. Aunque le sobró tiempo para reflexionar, no tuvo un solo gesto de gratitud hacia mí. Ni me hablaba. Al menos los vecinos me quieren más que antes. De pronto todos me palmean, se agachan y me hablan, repiten mi nombre todo el tiempo. El pescado no atacó más pero de vez en cuando le siento el olor y pasa un rengu.

HILDA: Me costó encontrar a Carlos en el sanatorio. Casi no pronunció palabra, por los calmantes, supongo. El cirujano plástico logró reimplantarle el cuarto dedo. El tercero hubiera quedado torcido, lo tiraron, y el meñique no apareció por ningún lado, una lástima. Si habré buscado ese meñique. *Póngalo en hielo, señora, y corra al sanatorio cuando aparezca*, dijo el doctor. Pero fue como las medias perdidas, que no se entiende adónde van. *Te traje el jogging*, le dije a Carlos, *pero el calzoncillo también desapareció. Otro misterio*. Él me miró en silencio, un silencio un poco hostil. *Oscar también está mejor*, agregué como para ir curando heridas. Carlos cerró los ojos hasta que me fui.

OSCAR: Dejamos de ir a la playa. Seguimos yendo a la mercería. Me pongo nervioso cuando vamos pero hasta ahora la vieja sale como entró. Nunca más tuvo un celo. De vez en cuando olfateo pescado y un rengo pasa cerca, nunca muy cerca porque nosotros cruzamos antes.

HILDA: Un amigo suyo vino a buscar la Vespa tres días después. Yo le avisé a Carlos que la moto estaba toda cagada por los pájaros y acá afuera se la iban a robar, Malvín es terrible. Además todo se oxida. No sé, me preocupé por él. El amigo me dijo que Carlos estaba yendo al local y le faltaba poco para abrir, pero que todavía estaba enojado. *Entonces por un tiempo no va a venir*, le dije yo. *Y... no*, respondió él. *Mejor así, porque todos los vecinos lo vieron desnudo*, aproveché para decirle. Así fue como le puse fin a la relación. En el edificio todavía me preguntan si el degenerado que me atacó sigue preso. *Sí, y si Dios quiere lo extraditan a Turquía por lo mismo*.

OSCAR: Llegó la primavera y una noche por semana vamos a la pizzería y nos sentamos afuera. La vieja siempre se come la muzarella y a mí me deja los toquitos con un poco de salsa, pero igual me gusta. Una vez se acercó un rengo con olor a jabón. La vieja me tiró de la correa hasta que quede debajo de la mesa, con la cabeza contra la silla de hierro. Seguí masticando pero casi no podía respirar. Hablaron del tiempo y de enfermedades. Él se quejó de un pie y de un perro. Había tensión, pero del municipio no dijeron ni una palabra. El mozo trajo el fainá pero la vieja comió sola. ¿Cuándo voy a estar yo primero?